

Primer Certamen Literario de Cuentos UNLaR 2020

Departamento de Ciencias Humanas y de la Educación

Primer premio: “Memento Mori”

Autora: Déborah Leonor Barrionuevo¹

A 38 kilómetros de Haciendas, una ciudad que se galardona como la ciudad de la innovación, está Mandil, un pueblo con diez casas, cuanto mucho, y un gran hotel irreal en el medio. Allí mismo se celebraba el Festival Internacional de la Literatura y la Memoria y, como es costumbre, sorteaban dos pasajes todo pago. Una de las condiciones era haber escrito algún trabajo académico. Con Analía habíamos escrito *Las sombras de un pueblo*. Enviado.

Por fin una racha de suerte. Creíamos haberla gastado años atrás cuando conseguimos trabajo como secretarias de un abogado, aunque no tuviese nada que ver con nuestros estudios. Era un trabajo a medio tiempo, pero nos pagaban muy por encima de la media: teníamos vacaciones pagas, aguinaldo y demás. Nos despidieron porque nos encontraban siempre con los clientes en el baño del estudio. Una esposa furiosa nos denunció y, desde ese momento, supimos que vendrían años de miseria y changas para poder seguir pagando nuestros estudios.

El hotel era más bien una casona enorme. Tenía muchísimas habitaciones y espacios, salas para las exposiciones, bar, música y patios internos. Muchos patios internos. La estructura de los patios nos recordó al zaguán de la abuela Ñata, donde solíamos jugar con Analía cuando éramos chicas y vivíamos allá, en nuestro pueblo. Estaban tapados con techos de parras y enredaderas, casi un sueño veraniego. El sentimiento de creer que nunca llegaríamos a un lugar como ese, ahora desaparecía entre saludos y credenciales. Era casi el mediodía y el comedor principal se preparaba para recibir a sus invitados. Un chef famoso, con su cocina desplegada al medio del salón, era el artesano del sabor. Todo parecía sabrosísimo:

–¡Mirá, Grace! Es caviar –dijo Ana, zamarreándome de la felicidad.

¹ Estudiante avanzada de la Licenciatura en Letras. Presentó su texto con el seudónimo “Grecia”. Dijo el jurado sobre el cuento: “Se inscribe en la tradición cuentística con una estructura claramente diferenciada. Sus personajes y el lugar, un pueblito del interior de una provincia que podemos asumir es La Rioja, se relacionan con la frase latina que da título al cuento: recuerda que morirás. Advertencia que parece no ser recordada por los de afuera y que, cada año, se concreta ante la mirada costumbrista del pueblo”.

–¿Querés que probemos? –aunque yo parecía siempre seria, por dentro me sentía como una niña.
–No, no, no. Mirá eso otro. ¿Qué será? ¿Comemos eso? ¿O esto? ¡No sé qué comer! ¡Hay mucho, Grace!

–Ay, hija, no sé. Decidí, no podemos sacar todo. ¿Esto? –le dije señalando algo que parecía pescado.

–¡Puaj! ¡Está horrible! –dijo casi vomitando la comida en una servilleta.

Era increíble. Cada plato, cada aperitivo, hasta las bebidas tenían un sabor amargo, vencido. Probamos cada opción que se ofrecía, pero las ganas de vomitar iban creciendo. Estaba pálida del asco. Analía, en su eterna sabiduría, propuso ir a comprar panchos. Sí, panchos. Caminando entre las pocas casas que había, llegamos hasta un kiosco: ¡suerte! Analía comenzó a reírse a carcajadas y, entre bocanadas de aire, me recordó que no teníamos adónde cocinar. Pequeño gran detalle. Nos imaginé invadiendo la cucine del chef para hacer unos panchos. Mientras debatíamos qué hacer, una señora salió del negocio a barrer la vereda. Allá en el pueblo eso significa chisme y, seguramente, la señora quiso enterarse de qué hablaban estas dos chicas frente a su negocio. Ana jodía con que podíamos hacer una fogata y meter las salchichas en palitos y yo me reía, diciendo que era mejor abusarse de nuestra suerte y, cuando nadie estuviese viendo, ¡zaz!, una olla con agua et voilà. La señora se reía entre dientes: nos escuchaba. Se acercó lentamente con su escobita y nos dijo que no parecíamos del pueblo. Le contamos que estábamos a tres cuadras, en el Hotel Blanco, por un congreso y que la comida estaba podrida. Se reía de nuestras ocurrencias y, con una mirada maternal, nos invitó a cocinar los panchos en su casa.

La casa de doña Marta contrastaba con el hotel como si fuesen dos espacios universales diferentes. En realidad, todo el pueblo contrastaba con el hotel. Cuando entramos, nos recibieron dos nenas: una de ocho y otra de catorce. Estaban hilando en el telar y, al vernos, lo escondieron detrás de sus cuerpiitos. Doña Marta y las nenas nos atendieron muy bien, por lo que nosotras pagamos por ese almuerzo que, aunque pecaba de honesto, fue lo mejor que habíamos comido desde que salimos de la ciudad.

Cuando estábamos almorzando, nos contó que todos los años la gente iba a ese congreso y el pueblo quedaba olvidado: el chef traía a sus propios ayudantes, los coordinadores a sus trabajadores, el hotel contrataba a mozos y personal de afuera:

–Nunca nos dejan participar de sus eventos, ni como espectadores. Parece que nos tienen asco – nos dijo con una mirada entre triste y furiosa.

–¿De verdad? ¿Tanto afecta al pueblo el congreso? –dijo Analía mientras masticaba su panchito con ketchup y papitas.

–Y sí, m'ija. Nosotros somos un pueblo de paso. Acá paran la gente que pasa para Haciendas, así que nosotros siempre tenemos abiertos nuestros negocios. Cuando hacen el evento en el hotel, son

dos semanas de no vender nada, porque la gente ya no para a comprarnos nada, solo van al hotel a ver qué pasa ahí.

–¿Pero no saben ustedes cuándo hacen el congreso para no comprar cosas de más?

–No, m'ija. Ellos nunca nos dicen cuándo. Solo llegan y arman todo en dos días. Si vieran... don Chicho tira bolsas de verduras podridas pa' los animales. ¿Y la Tula? Pobrecita la comadre, termina con la carne neeeeegra. El pueblo los odia y los condena. Ustedes no comieron la comida de ese chef, ¿no cierto?

–No, porque estaba HO-RRI-BLE –le dijimos a coro, riéndonos.

Más tarde compramos unas galletitas y una pastafrola a don Teto, el panadero, para acompañar el mate. El congreso había quedado ya lejos de nuestras mentes. La tarde acaecía y, sumidas en esa atmósfera tan hechizante y tranquila, recordamos que a las siete debíamos exponer. Nos fuimos casi corriendo, no sin antes agradecer a doña Marta por su calidez y con la promesa de volver.

El hotel estaba aún más lleno. La gente iba y venía, todos se zampaban platos y platos de comida, de bebidas frías, los zaguanes estaban repletos de fumadores y sus charlas sociales, los mozos llevaban algo parecido a una sangría para todos los del salón y las mucamas corrían a dejar las habitaciones limpias para la noche. La algarabía de la gente era electrizante, había trescientos mil voltios extra. El ambiente se había convertido en algo utópico, onírico. Aunque suene paradójico, apagaba los sentidos, como si los invitados estuviesen en un largo letargo. Cuando salimos de disertar, nos sentamos en el bar al aire libre:

–Che, Ana... ¿Será que las bebidas estarán feas también? –le dije, medio cómplice.

–No creo, sería el colmo. No llames a la desgracia, que me pone nerviosa.

–¡Búúú! –asusté a Ana con el chiste viejo y me reí– Si no nos vamos a la casa de doña Marta de nuevo.

Cuando nos trajeron el café, alcanzamos a dar dos sorbos: esperable resultado. Encima, comenzó a llover. Corrimos a resguardarnos de la lluvia, que venía potente y tormentosa. Caminamos por los zaguanes viendo a través de las parras cómo el cielo se volvía negro. Y de pronto, blanco. Negro, negro, negro. Blanco. Negro, blanco, negro, blanco. La arañita en el cielo. Los destellos parecían enojarse con los usurpadores. Destello veloz que parecía forjado por Zeus. La gente comenzó a reunirse en los pasillos de los zaguanes y a filmar cuanto veían en el cielo. Parecían hipnotizados, drogados por el aroma electrizante.

El primer rayo cayó justo al medio. Gritos, corridas. Un grupo de hombres se paró en el medio a analizar el hueco que había dejado el rayo. La luz se había ido y ahora solo veíamos arañita tras arañita en el cielo. «Nunca cae en el mismo lugar dos veces, no se preocupen», dijo uno y dos

veces cayó y los hombres olían al asado de papá por las tardes de pueblo. De pronto, la gente dejó de gritar, dejó de correr. Y otro se sumaba a lo absurdo. Y otro más. Y todos se endurecieron en el medio del patio. Los hombres, carne y hueso en el final. Uno tras otro... No, uno encima de otro: una montaña de olvidos, memorias, dolores, recuerdos. Una montaña de ellos. Corrimos y nos escondimos cerca del bar. Desde lejos, vimos a doña Marta, sus hijas, don Teto, doña Tula, don Chicho, todos agarrados de la mano mientras oraban. El telar de una de las hijas de doña Marta con un rayito en el hotel. Pronto, comenzaron a gritar, a aullar a los cielos, mientras los hombres seguían apilándose en esa montaña de rayos y carne. Cuando solo quedamos Analía y yo, cesaron. –¿Están bien? –dijo doña Marta con sus ojitos vidriosos de amor.

–Sí... Estamos... bien... -casi no podíamos hablar– ¿Qué fue eso?

–Les dijimos, m'ijas. Año tras año, el pueblo los condena.

–¿Ustedes hicieron esto?

–Sí, m'ijita, nosotros.

–¿Siempre? ¿Todos los años? –nos miramos con Analía, sorprendidas de nunca haber escuchado nada de estos sucesos en las noticias– ¿Y cómo es que...?

–Porque nunca nadie sobrevive.

Esa noche partimos a la ciudad. Mientras subíamos al colectivo, pensábamos que nuestra racha de suerte había vuelto para quedarse.

Segundo premio: “Entrega”

Autor: Matías Rumilla²

Viajaba con la promesa de olvidar, pensando que hay cosas inevitables. No creía en la suerte. Las lecciones morales habían hecho de él un fatalista empedernido. Sabía que no era casual, y que lo hecho, hecho estaba, ¿qué hubiera cambiado? Eso ahora poco importaba.

–Mierda, cosa rara el hombre... Todo el mundo cree que sus problemas son patrimonio de la humanidad. ¡Por eso andamos cagados como bola sin manija! ¿Quién piensa en el otro, si cada uno tiene a Dionisio colgado de los huevos? ¿O me equivoco?

–Puede ser –dijo con indiferencia y fijó su mirada en el paisaje de la serranía.

–Es que es así... nadie me lo ha negado. ¿Usted es religioso? –preguntó.

–Sí, soy creyente –contestó, sin voltearse.

–Sabe, la empatía no existe. Una vez una monja me lo quiso discutir y terminó aceptando mis ideas. Le dije que, si la empatía existiese, no haría falta ir a las iglesias. Además, seamos sinceros, a ella no le conviene que exista... porque si no cómo se podría ganar el cielo. No tendría ningún mérito ser caritativo, y sin méritos no hay paraíso que valga. La vieja se fue agradeciéndole a Dios el antidon de la empatía, ¿puede creer?

–Quizás usted tenga razón –dijo a secas con mal humor. Cada palabra del viejo lo empezaba a aturdir. Al mirar por la ventanilla divisó un cartel que anunciaba la ciudad de Cruz del Eje a unos 5 km. En su asiento, el viejo se empeñaba en recitar el Martín Fierro.

–Es triste en medio del campo pasarse la noche entera, contemplando en su carrera las estrellas que Dios cría...–su boca desdentada balbuceaba los versos. Mientras tanto, él intentaba dormir, pero se lo impedía la imagen repulsiva del viejo. El coche se detuvo.

Luego de un instante de vacilación, notó que el viejo se levantaba. Dejó que se alejara unos pasos, miró por el pasillo, vio que el anciano se estaba bajando. Un hondo suspiro se apoderó de su ser que se hundía plácidamente en el asiento. La tranquilidad lo volvió a su eje. Pero, unos minutos después, la voz del apurado chofer le advirtió que su suerte no había cambiado. Impacientado, se debatía entre cambiarse de asiento o reprocharlo abiertamente, pero lo dejó ahí. El coche siguió su ruta. “¿Acaso no es eso lo que me enseñaron de chico?, aguantar..., poner la otra mejilla”. El viejo

² Profesor universitario en Historia y estudiante de la Licenciatura en Historia. Presentó su texto con el seudónimo “Cachiru”. Dijo el jurado sobre el cuento: “Un tema propio de La Rioja, una víctima y un culpable. Y la reescritura en primera persona de un hecho con claros roles de víctima y victimario. Un destino señalado transforma a algunos en víctimas y a otros los cubre de ignominia”.

continuaba su faena, ahora entonaba coplas que él mismo inventaba. Así pasó un buen rato. “Tal vez, si leo, el viejo se calla de una vez”.

–Qué curiosa la Biblia, hubo un tiempo en que yo la leía mucho. Es un libro fascinante. Lo que siempre me llamó la atención es lo “importante” que fue Judas para Jesús, y para el cristianismo – dijo el anciano, mientras se acariciaba el mentón canoso. Turbado por la profundidad del comentario, buscó evadirse, pero le resultaba inútil, la curiosidad lo estaba doblegando. El viejo cruzó una mirada furtiva, levantando levemente sus cejas. Hizo una pausa, notó un ligero temblor en las manos de su acompañante, se veía tenso. Su intuición le decía que debía continuar. Él siguió sin responder, ocultó sus manos temblorosas e intentó volver a la lectura de Juan 2:17.

–Yo soy de los que piensan que la suerte no existe, ya que fui educado en el cristianismo. Soy el segundo de seis hermanos, de los cuales solo yo, y los dos más chicos, seguimos con vida. Según mis padres, mi destino era ser sacerdote. Un día de otoño, con dieciséis años, me fui de mi casa. Ellos no me buscaron y casi ni notaron que me había ido. Eso lo pude saber tiempo después por mis hermanos. Me fui escapando del sacerdocio. Luego, me contaron que mamá no se preocupaba porque, según ella, sabía en dónde me iba a encontrar. Mis padres creían en que los destinos están fijados desde antes de nacer. Eso a mí me parecía absurdo y sin sentido. Por eso me rebelé – golpeó sus manos con firmeza. Aquel semblante cansado había cambiado, ahora se mostraba vigoroso y jovial. –Anduve vagando por un tiempo, dormía en las plazas y hacía changas para poder comer. Es duro para alguien del campo poder vivir dignamente cuando solo se tiene juventud. Así fueron pasando los años. El párroco del pueblo se apiadó de mi condición y me dio un lugar para dormir, siempre y cuando trabajase para el mantenimiento de la parroquia. Así lo hice... Un día, mientras barría dentro de la iglesia, apareció una mujer muy mayor. Tenía muchos achaques la pobrecita ¿y sabe quién era? Sí, mi madre. Me contó que mi papá había muerto hacía unos años, culpa de un caballo indomable –con gestos de histrionismo el viejo simulaba un jinete, sus manos ligeras acompañaban el relato. –Desde entonces ella, que desde su casamiento nunca más volvió al pueblo, me andaba buscando. Aún recuerdo lo primero que me dijo: “Yo sabía que estabas acá, hijo mío. Tu destino era este, ¿no te acordás?”. Mi madre se venía a despedir, ya estaba muy enferma. Hasta sus últimos días, estaba convencida de que mi destino estaba en la Iglesia. Por eso le mentí que estaba de seminarista, no quería desilusionarla. Aunque sí, era cierto, que esos años los había pasado en la parroquia –hizo una pequeña pausa, un brillo de nostalgia se posaba en su semblante rejuvenecido. –Ella se marchó feliz, satisfecha... Desde ese día, noté que el cristianismo predica un destino ya edificado, ¿no lo cree? –aquella frase retumbó en un eco profundo. Solo se percibía el andar del colectivo. La Biblia abierta quedó petrificada en su regazo.

–Sí, puede ser... –le respondió titubeante. Un nudo en la garganta le impidió continuar.

–Desde ese día, hasta que me fui del lugar, lo único que hice fue tratar de probar si las convicciones de mis padres eran verdaderas. Empecé a leer, ya que el cura me repetía que todas las respuestas estaban en la palabra del Señor. Tomé el consejo, y relacionaba sus sermones, las opiniones de la gente con lo escrito. Pero, lejos de aclarar mis pensamientos, fui llenándome de más y más de dudas. Fue en ese tiempo cuando comencé a preguntarme por Judas.

–¿Judas? ¿Por qué?

–Conocés la historia, ¿verdad? Todo el mundo sabe que lo traicionó a Jesús. Aunque, sí lo pensás un poco, te vas a dar cuenta de que el tipo lo único que estaba haciendo... era cumplir con su destino. Ya estaba prefijado. Por lo visto, Jesús sabía muy bien lo que iba a pasar, y Dios... ¡ni te cuento! Para que Jesús sea el mesías liberador de los pecados, necesitaba de ese trabajo sucio. Un viejo escritor, que luego cayó en las tinieblas, afirmaba que Judas era el verdadero Cristo. En fin, Judas sacrificó su pellejo para la gloria del hijo de Dios, si esa actitud no es la de un verdadero cristiano no sé qué otra cosa puede ser. Hoy, dos mil años más tarde, la gente lo sigue odiando como el primer día... qué curioso, hay sentimientos que trascienden, ¿no? –dijo con gran elocuencia. Él sentía que aquellas palabras eran fruto de profundas reflexiones, meditaciones que lo incomodaban. Un vacío crecía en su interior. Miró su reloj, con sus agujas casi inmóviles, los minutos le resultaban eternos. El ómnibus continuaba su marcha. Afuera todo seguía su curso, el cielo se movía al ritmo de densas nubes blanquecinas. Estaba sorprendido por aquel planteo. “Jamás lo pensé de esa manera, ni siquiera estando en el seminario. Siempre me dijeron que razón y dogma eran dos cuestiones muy distintas que no se podían mezclar”. Notó que el viejo esperaba una respuesta, moviendo sus rodillas, como quien busca un señuelo de complicidad para terminar el relato. Mientras tanto, él se debatía si realmente quería saber más, temía que aquellas palabras lo resquebrajaran.

–Sabe, yo también creo en el destino. Y me parece muy sensato lo que usted dice – comentó, acariciándose el mentón.

–Lo entiendo, usted parece ser una persona de mucha fe. No lo juzgo, me parece perfecto. Ese don no fue hecho para mí –agregó el viejo, mostrando una pequeña mueca burlona.

–Siempre pensé en los que quedan atrás en la historia, en los sacrificados del tiempo. Lo aprendí con los años. He caído en el barro muchas veces, y de tanto derrotero uno termina aprendiendo algo. La vida, usted vio. A Judas, como muchos, le tocó vivir aquello, pero no se crea que hablo de redenciones poéticas o apocalípticas..., solo divago, no más que eso –el coche empezó a bajar la velocidad, a lo lejos se veía una pequeña garita y, al lado, un sendero que conducía al verdor de

las sierras. –Bueno, mi amigo, me toca volver al pago. Cuídese de los infelices. Un gusto conocerlo. Hasta pronto –se despidió, inclinando levemente su cuerpo como en señal de reverencia.

–Suerte –fue lo único que atinó a decirle. Y vio cómo el viejo se bajaba, y partía rumbo a aquel camino. El motor se volvió a poner en marcha, dejando atrás al anciano, que se empequeñecía cada vez más en la lejanía del paisaje, hasta que lo perdió de vista. Instantes de la conversación asediaban su consciencia. El asiento vacío aún le hablaba. Un ardor le recorrió el pecho y sintió ganas de vomitar, pero se contuvo a tiempo. Poco a poco, se fue convenciendo. Sintió un profundo desasosiego, una languidez dolorosa que le impedía respirar. Cerró sus ojos, empezó a rezar, y se dio cuenta que sus manos estaban frías y sudorosas.

Al llegar a Córdoba, los sonidos de la ciudad lo emboscaron. Ese ir y venir incesante punzaba sus sentidos. A las pocas cuadras, encontró un hospedaje. La fachada antigua hacía suponer que las mejores épocas del lugar habían sido devoradas por el tiempo. Entró tímidamente. La tranquilidad de la recepción contrastaba con el mundo exterior. Todo parecía añejo, “el olor a humedad me recuerda a los confesionarios de la parroquia”, pensó. Lo atendió un muchacho de bigote desprolijo. El semblante desganado no desdecía el aura del hospedaje. Preguntó por una habitación alejada. –Hay lugar –dijo lacónicamente el muchacho. Taciturno, pidió al recepcionista que nadie lo molestara. Mientras subía su bolso por las escaleras, sentía cada paso como una sentencia. Afuera el crepúsculo anunciaba la noche. Al ver la puerta del cuarto, un impulso lo detuvo, tragó saliva, respiró profundo y entró. Traía un whisky en la valija, dejó sus pertenencias en la cama y la Biblia en la mesa de luz. Empezó a tomar, sin darse cuenta el reloj marcaba las doce. Ya ebrio, la noche le sentaba agradable, la brisa fresca amenizaba a un cielo sin estrellas. Tomó su birrome y un papel. Era el momento, él lo sabía. La hora consumada.

Estoy arrepentido... no era consciente del daño que hacía. Me siento vacío. Me convencieron de que era mi deber. Nunca supe cómo rebelarme contra aquellos infelices. Yo sabía que estaba mal, sin embargo, me dejé engañar... y lo entregué como un animal. Hoy me siento tranquilo, pues creo que probablemente ese fue mi destino. No pido absolución, ni ser redimido; Dios me juzgará como es debido. He tenido un destino pecaminoso; un camino errante, del que jamás me sentiré orgulloso. Intenté torcerlo, pero lo único que conseguí fue apresurarlo. Toqué fondo, digo basta. Espero que los años devuelvan al Pelado todo el honor que se merece. Por mi parte, solo me queda rezar por el perdón del Padre. He traicionado a mi iglesia... la verdadera... la de los pobres.

Horas más tarde, el recepcionista encontró su cuerpo sin vida.

El “entregado”, Monseñor Enrique Angelelli, fue beatificado en abril de 2019. Y de aquel triste entregador, hasta su última carta quedó en el olvido.

Tercer premio: “Carne”

Autora: Silvia Aguirre³

“esa carne levísima es pariente nuestra”

Los hongos nacen en silencio, de Marosa Di Giorgio

Pidió dos lisos y, mientras esperaba al Negro, miraba, extasiado, el remolino de hojas secas que se formaba en la vereda y se deshacía, gracias al viento norte del otoño, como un sorete bajo la lluvia. No dejó que se acomode del todo en esas sillas de porquería que ponen en los bares, y le extendió los estudios, dispuestos en una carpetita plástica con una Kitty estampada en la contratapa. El Negro sacó los papeles y, a medida que pasaba las páginas, los ojos se emblanquecían, casi hasta la ceguera.

Tenía los ojos rojos debido a la exposición casi permanente a la computadora. No tenía título universitario, pero sus conocimientos eran continuamente requeridos en la sectorial de informática del ministerio. Algo del trabajo se enquistó en él, porque acabó convirtiéndose en un robot imposible de sentir nada más que pena por sí mismo. Por qué a mí, se preguntaba adentro suyo, sin evitar el lugar común ante el que se postran los sentenciados a muerte.

Ese día hubo mucho ajeteo en la oficina y, encima, todavía le faltaba una reunión con un grupo de la CTA porteña. Camino a la casa de su novio, no vio nada inusual. No encontraba las llaves: se habían resbalado desde la guantera hacia la alfombrita del acompañante. Se agachó para levantarla, se mareó y sintió un súbito impulso del vómito. Expelió una baba blanca, espumosa, con vetas verdes. Últimamente, me está cayendo mal el anís, pensaba nebulosamente, pero claro, se había tomado un litro y cuarto. Recordó, mareada, cuando Florencia la increpó luego de parar a un costado de la autopista porque sentía la necesidad de tomarse las dos latitas de cerveza que se refrigeraban en la conservadora. Las piernas le pesaban como piedras. Salió apenas del auto, con el manojito de llaves enredado en la mano izquierda. El llavero tenía un dije espeluznante de una muñeca de Pernambuco. No sintió el olor a orín porque su propio olor a mugre, mezclado con alcohol y la saburra metálica. Cuando abrió la puerta, pegó un grito. Karina estaba desnuda, tirada sobre su padre, intentando besarlo, mientras él se esforzaba por correrle la cara, por sacársela de encima, pero era muy pesada. Ambos estaban en el piso del comedor, acostados en un lago de meo asqueroso potenciado por la quetiapina, el clopidogrel y algún otro medicamento fuerte. Sus bracitos esmirriados, débiles, contrastaban severamente con la mole de su hija, una esquizofrénica

³ Licenciada en Letras. Presentó su texto con el seudónimo: “Imperator furiosa”. Dijo el jurado sobre el cuento: “El final de este cuento logra esa estocada tan propia de los relatos que conjugan un buen manejo del tiempo, la estructura y los personajes. Inscripto en una línea de la narrativa actual, consigue crear un clima que interpela al lector. El epígrafe seleccionado junto con el título del cuento terminan de condensar esa atmósfera caótica”.

gorda, cuyo metro ochenta y nueve estaba atiborrado de fantasías sexuales que la perturbaban hasta la incongruencia. Apenas podía inclinar el cuello y maniobrar con los pulgares de ambas manos, partes imprescindibles para manejar su tablet. Gemía, asfixiado por el peso. Con el grito de María Claudia, apareció una de las vecinas, que la ayudó a levantar a la oligofrénica y, juntas, emplearon todas sus fuerzas para encerrarla en el baño, mientras esperaban que la ambulancia del psiquiátrico de López la fuera a buscar. Levantaron al hombre del suelo. No entendía como había pasado. La llave de las esposas solo la tenía ella, con su manojito del espanto. El día anterior lo había dejado como siempre, con la tablet en la mano izquierda y la mano derecha esposada a la cama ortopédica.

Esther no sabía si intervenir o no cuando observó los dibujos de Karina: animales con el hocico romo, los ojos grandes, exageradamente abiertos, con expresión de dolor. A veces, los bichos tenían los ojos enormes pero tachados con unas nerviosas rayas negras. Era ese el paisaje de su cabeza. Algo en esas imágenes le recordaba a la fotógrafa que logró salvar los rollos utilizados para registrar las pésimas condiciones de los loqueros cubanos de los setentas.

Cuando la ambulancia llegó, uno de los paramédicos tropezó con la hilera de botellas desacomodadas en el pasillo. El olor a orín casi tumba a la médica del móvil. Y cuando se dirigieron al baño para sedar a la loca, vieron el patio interno sin poder creer lo que había. Un espacio de 5 x 5 con la luz desparramada en toneladas de mugre: colchones meados; botellas de vino; velas apagadas, a medio consumirse; esqueletos de ratas; tres sogas, que cruzaban el espacio de lado a lado, estaban repletas de ropas, o, mejor dicho, jirones, en diverso grado de descomposición. El horror de la roña acumulada contrastaba con la fachada elegante de la casa.

-Mañana voy a venir con el escribano Gómez. Él me va a hacer los papeles.

-Bueno –dijo, utilizando todo el aire que pudo ingresar a sus pulmones. La voz le salía en un hilito. Se percibía la dificultad para inspirar, expirar y para que fluya el aire entre las cuerdas vocales. Él, que tenía voz varonil, gruesa, como de locutor.

Al día siguiente, después del almuerzo, el Negro fue a la casa de su hermano, con la documentación impresa. En la calle, en doble fila, estacionó María Claudia. “La bicha se adelantó”, pensó. La mujer estaba fumando de espalda a la puerta, parada en el umbral que dividía el patio interno del comedor. En la mano izquierda, tenía una botella de tinto a medio terminar. Se fue directamente a la habitación de su hermano. Estaba leyendo un policial ruso en la tablet. La tapa del ebook era roja, con un laberinto amarillo en el medio. Le gustaba las descripciones sobre los varazos de abedul que la amante le propinaba al protagonista de la obra para probar cuan buen ruso era. Esa característica consistiría, aparentemente, en tolerar los golpes con estoicismo. Se saludaron. Le presentó al escribano.

-Cambié de idea. María Claudia se va a hacer cargo de Kari.

El Negro quiso zamarrearlo, decirle que abra los ojos, pero no le salió nada. Por su cabeza, se sucedían en loop una estampida de imágenes que corrían como calesita: cuando Kari quiso acuchillar a un niño en el cumpleaños de su hija; la vez que Kari empujó a su abuela paterna, fracturando su cadera; cuando Kari desmayó a otra de sus primas de un golpe certero en la cabeza, producto de los celos fabricados en su cabeza. Pero, sobre todo, pensó en su hermano lastimado, imposibilitado de caminar cuando, antes del diagnóstico, Kari lo garroteó con el palo de hockey.

El hermano falleció en un cuarto del Sanatorio Centro. La ventana del octavo piso daba a la terminal. A las ocho de la mañana, el Negro subió a su auto y emprendió el camino a su pueblo, para guiar a la ambulancia que trasladaba el cuerpo de su hermano. Él abría paso, él era el mesías de la muerte. Tardaron nueve horas en hacer un camino de cuatrocientos kilómetros, azotados por la tormenta que los acompañó desde la salida. El cielo se venía abajo. Los vientos se arremolinaban en una curva apocalíptica. A la vera de la ruta, había árboles y cables caídos, charcos en la ruta ahuecada por el paso imprudente de los camiones de gran porte. Los tajamares estaban desbordados. Se trataba de un fenómeno inexplicable para los ruralistas de la zona: nunca llueve así en febrero. Cuando llegaban al pueblo, el sol comenzaba a salir en un arrebol tímido.

El Negro tuvo que interponerse entre el cajón donde yacía el muerto y una de sus hermanas, una ama de casa fornida y chusma. Ella quería revisar el estado del cadáver, pero el Negro no la dejó. Ella se desplomó de rodillas, trazando una parábola teatral, una de sus argucias de madre manipuladora. Pero el otro no cejó. Dispuso el cajón en el living de la casa de su madre, siguiendo las órdenes de la anciana decrepita.

El Negro estaba nervioso. Tenía su rostro demacrado por la falta de sueño y el típico cansancio producto de cuidar al enfermo. María Claudia viajó en la ambulancia. Rezó todo el trayecto por temor al castigo divino.

No le dijeron a nadie, pero el muerto no murió solo por la enfermedad que padecía. Ese día, a la mañana, la llevaron a Kari para que se despidiera de su padre. Se había vestido de negro y azul eléctrico, tenía las uñas como garras, una cortina castaña oscura, grasienta, le rozaba los codos. Los dejaron solos para que se despidieran. Entró porque le resultó llamativo que Kari no saliera de la habitación: hacía hora y media que estaba ahí. Cuando abrió la puerta, sus ojos no daban crédito a lo que veían. Sintió un espasmo que le recorrió todo el cuerpo, los ojos se le pusieron vidriosos, sintió una baba con sabor a huevo podrido y olor a azufre, hasta que el vómito salió como un resorte rebotando contra la pared y las patas de la cama. Kari estaba parada al lado de la cama. Con una mano revisaba lo que quedaba en la entrepierna del padre y con la otra le acariciaba la frente. No dejó de masticar lo que le quedaba en la boca ni siquiera cuando su tío entró. El Negro gritó lo más fuerte que pudo. El pasillo estaba vacío. La enfermera del corredor apareció corriendo. No vomitó cuando vio el panorama: sintió una arcada profunda, se tapó la boca, y volvió sobre sus pasos a pedir ayuda. La encerraron a Kari en uno de los centros de atención a enfermos mentales más

prestigiosos de la ciudad. El Negro hacía un esfuerzo sobrehumano para ponerse de pie, pero era tal la tensión, que las piernas no le respondían. Estaba tullido. Sentía que su cuerpo no obedecía las órdenes suministradas por el comando cerebral. Tuvieron que sedarlo. Los enfermeros del área desinfectaron la herida y le pusieron un parche de gasa para ocultar la parte que faltaba. Sintieron pena por él y, de paso, lo vistieron. Mientras sus amigos lo velaban en la capilla ardiente, el Negro reposaba, dominado por el sopor de los calmantes, en un cuarto próximo a la guardia. Cuando se despertó, tuvo que completar muchísimos formularios y abonar el precio del traslado de su hermano. En total, pagó casi veinte mil pesos.

Todos lloraban. Su mamá tenía puesta unas chancletas con medias, a cada paso que daba, los pies resbalaban hacia adelante. Tuvo suerte: no se cayó.

María Claudia le envolvió las manos al muerto con un pañuelo verde aguachento. Pero, a último momento, antes del cierre final del cajón, decidió sacárselo. Una de las hermanas lloraba estrepitosamente: no era tristeza lo que la aquejaba, sino culpa y preocupación por la economía de gelatina de su familia. Se preguntaba con qué costearían la vida de clase media de su madre, con, apenas, su sueldo de jubilada y su pensión de viudedad. Mientras intentaba limpiarse los mocos, algo que le costaba hacer porque temblaba como una hoja, se acercó al cajón. El muerto parecía estar dormido, pero el rastro de sufrimiento permanecía en su frente. Tenía la boca entreabierta. Algo le llamó la atención: parecía que falleció con comida en el buche. Metió su mano, y sí, era una porción ínfima de carne sanguinolenta, pútrida, que se deshizo entre sus dedos. El olor a podrido invadió la casa como una plaga de langostas. El techo crujió, rajándose justo en el medio, extendiéndose hasta el marco de la puerta de entrada. El viento arreciaba. El ruido era terrible. El mundo se venía abajo. La explosión cobró forma de hongo atómico: un bombín marrón y blanco cuyo centro estaba donde antes estuvo la pija del finado. El hongo permaneció un instante hasta que se desplomó sobre el cajón.

Lentamente, descendió un remolino de aire límpido, que arrastraba todo a su paso. El movimiento se desarrollaba de afuera hacia adentro, un remolino extraño. Devoró la ruta asfaltada de ingreso al pueblo, los riachos, los parques, el monumento a los niños que van al Sarandí, la construcción megalodóntica del corralón de las afueras, las escuelas, los árboles aldaños a la casa. Algo los succionaba desde arriba, una fuerza nunca antes vista. El remolino se llevó todo. La superficie donde antes estuvo el pueblo quedó lisa, como si nunca hubiera sido intervenido por la mano del hombre.

Mención especial: “El pasillo blanco”

Autora: Darina Khairallah⁴

La habitación se divide, los cerámicos se separan, el empapelado se agrieta, la construcción se distancia y, entonces, no queda nada. Mira el descampado, la soledad inmensa e inmaculada, el pasto seco y el cielo azul con matices violáceos en el horizonte, donde el terreno se une con el cielo y todo parece no tener fin. Quizás porque no lo tiene.

Se echa a andar. Sus pies parecen levitar sobre la tierra, su cuerpo se traslada, etéreo, en una dirección indefinida, mientras sus ojos intentan abrazar la lejanía y acercarse así un poco más a ella.

Su figura solitaria se ve diminuta, el silencio es tan grande que por un momento la absorbe y la vuelve incapaz de oír sus propias respiraciones, los latidos de su desapacible corazón que martillea frenético contra su pecho y amenaza con salirse en cualquier instante.

Todo se ve sumido en tanta calma, en tal sospechosa paz que parece que nada podría jamás alterarlo.

Y es en ese momento, cuando sus extremidades se relajan mínimamente, cuando sus pulsaciones comienzan a tranquilizarse, que todo se oscurece repentinamente. La lluvia cae en forma de aguacero sobre su cabeza, el terreno se dificulta y gritos ensordecedores lo cubren todo, brotando de ninguna parte. La muchacha corre, corre hasta el punto de querer vomitar. Corre saltando inmensos pozos semejantes a cráteres en la tierra, intentando frenar a sus propios pies en las pendientes escarpadas donde más de una vez estuvo a punto de perderse a sí misma al borde de un feroz abismo. Corre, las carcajadas demoníacas siguiéndole de cerca, respirando sobre su cuello, haciéndole palpitar las sienes salvajemente.

No puede ver nada, nunca puede ver nada hasta que encuentra una casa en medio de la nada misma, con sus luces brillando a través de la negrura siniestra. Acelera hasta ella, su interior retorciéndose de terror, sus dientes castañeteando a causa del frío que sube por sus piernas desnudas y que no puede detener.

Llega al pórtico, la puerta de madera está caída y desde adentro emana el furioso sonido de un piano de cola. Solo que allí no vive nadie. Allí nunca vive nadie.

Despierta.

⁴ Es estudiante de la Licenciatura en Letras. Presentó su texto bajo el seudónimo “Laila”. Dijo el jurado sobre el cuento: “Nos sumerge en una atmósfera de pesadilla muy bien lograda y en la que vigilia y sueño se entremezclan para desconcertar al lector”.

Su mano va a parar contra su boca para callar sus propios gritos, sus uñas se hunden en su carne, las lágrimas saltan de sus ojos, se muerde la lengua. Cuenta hasta treinta, y luego hasta veinticinco. Mira el techo, las estrellas diminutas pintadas en él.

Sus párpados pesan, sus ojos se cierran. Lucha contra el impulso de volverse a quedar dormida, pero no puede evitarlo por mucho tiempo.

Se desliza por la cornisa, la lluvia contra sus ojos, la negrura del vacío a un metro de distancia. Un grito. El chapoteo, los rechinidos. Su garganta está cerrada.

La está alcanzando. Siente el metal frío a punto de atraparle la nuca, las tijeras cerrándose, abriéndose, cerrándose demasiado cerca. Los alaridos, las risas, los gimoteos.

Se desespera.

Alcanza la primera ventana abierta y se introduce por ella. La habitación está destruida, hilos de sangre se deslizan por las paredes tapizadas y caen al suelo formando charcos que nunca crecen, que nunca se expanden. Los cajones de los muebles están abiertos,

las perchas dentro del placar se agitan a causa del viento. Puñados de papeles rayados cubren el suelo hecho pedazos.

Localiza la puerta y corre hacia ella. Gira el picaporte y tira con todas sus fuerzas. Ahoga un gemido, su vista se nubla, el aire se le escapa de los pulmones. Tira de nuevo, pero es inútil.

Lo escucha más cerca, el endemoniado sonido, el metal cerniéndose sobre el aire, el castañeteo de sus propios dientes. Su cuerpo entero se sacude por el pánico, por la certeza que hasta ahora se le había escapado de las manos y que la encuentra estridente. El tiempo ya no se paraliza.

Tira, tira cada vez con más fuerza. La habitación se ilumina por un relámpago, la electricidad se corta y el estallido de un trueno se conjuga con los chillidos infernales y hace vibrar el piso. Jadea, al borde del quiebre de sus nervios, gira la cabeza, buscando desesperadamente algo que le sirviera, algo que le ayudara a salir de ese sitio. Sus ojos escudriñan la oscuridad enfermiza, sus dedos clavándose en sus costados, detectando un abresobres junto al escritorio, empapado de agua. Lo toma a toda prisa y lo introduce en la cerradura tratando de forzarla, con el pulso temblando.

Vuelta, vuelta, vuelta.

La lluvia no se detiene, un nuevo relámpago lo ilumina todo como una luz incandescente y recorta la figura deforme de la criatura entrando por la ventana en ese mismo instante.

Sus ojos se abren de golpe, siente el sabor metálico de la sangre en su boca, su labio inferior está ardiendo. Contiene el aire, callando sus sollozos. Cuenta hasta cincuenta, y luego hasta treinta y cinco. Observa las estrellas del techo, las cortinas azules.

Sus párpados cayendo, sus ojos cerrándose. Las estrellas del techo, las cortinas azules. Sus ojos cerrándose.

Su cuerpo se lanza hacia el pasillo blanco, el aire siendo insuficiente para sus pulmones. Las luces parpadean, amenazando con volver a apagarse. El piano suena cada vez más cerca.

La criatura despedaza la puerta de la última habitación en la que había estado, y la persigue velozmente. Sus manos sostienen las gigantes tijeras y las extiende hacia adelante, a punto de rebanarle el cuello.

La muchacha mantiene el paso, las puertas a sus costados están bloqueadas, pedazos se desprenden del techo y obstaculizan el camino. El miedo desmedido se posesiona de todo su cuerpo, la ciega, le hace apretar los dientes.

Corre, corre lo más rápido que puede, pero sabe que no podrá seguir haciéndolo eternamente, sabe que él está a punto de alcanzarla.

Los aullidos son más fuertes, las risas más estruendosas. Se enloquece.

Lágrimas descienden por sus mejillas sucias. La asalta la ira. Si mueres en un sueño, ya no podrás despertar jamás.

Las paredes se estrechan, el camino se hace más angosto. La criatura mordisquea el aire, sus colmillos inferiores sobresalen de sus fauces, los puntos negros de sus ojos están vacíos.

No sabe cómo va a salir de esa, no sabe qué hacer para acabar con esas pesadillas que la atormentan cada noche. El descampado es siempre el mismo, la casa es siempre la misma, la criatura es siempre igual, pero lo que ocurre en el pasillo nunca se repite.

Gime, las rodillas le duelen indescriptiblemente. No puede ver el final del corredor. Está segura de que va a desfallecer en cualquier momento.

De improviso, oye la cacofonía de tijeretazos uniéndose a sus espaldas. Las criaturas se multiplican, sus esperanzas se agotan. Trata de acelerar, pero le es imposible. Su ritmo disminuye, sus ojos se cierran, y cuando están a un paso de agarrarla, la joven cae por un agujero en el suelo que no pudo ver y se pierde en la oscuridad.

La habitación está en calma. Los sonidos de la noche se filtran al interior. Las paredes pintadas en color celeste se ven apagadas, su cuerpo permanece acostado en la cama, con la respiración apaciguada y la mente en blanco.

Voltea la mirada, paseándola por los muebles claros, la lámpara de lava sobre su escritorio, las cortinas azules y se detiene en el techo.

Un techo liso color beige.

Por algún extraño motivo, no consigue recordar el momento exacto en el que se despertó, en qué segundo su corazón se tranquilizó y hasta cuánto tuvo que contar para mantenerse en calma.

Su vista sigue clavada en el techo, incapaz de determinar qué es lo que siente diferente. Y de pronto, se paraliza. Una figura amorfa sale de abajo de la cama, sosteniendo un par de gigantes tijeras en sus manos.

La luna se apaga, los sonidos se unen. Un grito agónico, el metal chocando, un piano furioso.

Y luego... silencio.

Mención especial: “La apuesta final”

Autor: Andrés Gonzalo Núñez⁵

Un camionero que transportaba gallinas examinó con ojo clínico la naturaleza de esta mujer ofreciéndole una buena suma por llevarla a conocer el mundo, acaso como amante afortunada. Subió la oferta ante la negativa, pero la duplicó cuando la vio quitarse la ropa en plena calle sin más que la luna y unas cuantas luciérnagas. Las plumas ocuparon el ámbito nocturno.

Centenares habían pasado por el desfiladero de sus manos exquisitas desde entonces. Sin embargo, ninguno se resolvía a estar a su lado para siempre, a pesar de sus enormes ojos imposibles. En alguna ocasión, un misionero aquejado por los desaires de una novia que lo traicionó, creyó estar enamorado de ella. Luego de un tiempo reparó en las largas filas esperándola en el zaguán de su casa. Concluyó que nadie podía beneficiarse de esa cantidad de cautivos y en un estado tan pacífico. Su belleza particular había despertado el interés de poderosos y menos afortunados. Los miserables pedían las migajas de su consuelo aterrador a cambio de endeudarse en abogados que le tramitaran los divorcios. Llegaban en autos destartalados, bicicletas que chirriaban y en alpargatas de paisano. Simplemente se habían vuelto locos de remate ante las versiones de un personaje de fábula que solo rechazaba a quienes desconocieran el juego de la seducción.

Su cuarto apersonal tenía luces de colores fingidos, bebidas que levantaban muertos y agua para los que se desmayaban antes de ver la luz. En el techo un espejo y en las paredes recuadros con los autógrafos obligatorios de quienes se habían resuelto a pasar el umbral de esa puerta. Esta idea se le había ocurrido cuando advirtió que la cantidad de solicitantes superaba la capacidad de su memoria. No lograba recordarlos, salvo honrosas excepciones, teniendo en cuenta que se amaba con ellos cada semana o mes. Su cama se reemplazaba cada cuarentaicinco días. Sin embargo, había intentado que las sábanas quedaran a salvo de arrebatos descontrolados y así ahorrarse algunos costos, pero los ungüentos ya no se hacían como antes. Para los hombres, sin lugar a dudas, la casa de la felicidad estaba ahí. Los que aguardaban sus turnos podían conversar durante horas de sus familias y trabajos iguales mientras estiraban las piernas en los grandes sofás de la planta baja y miraban películas de miedo. Aunque parezca difícil de creer, este ambiente de ansiedades inconfesables no funcionaba a base de dinero. Aquí el asunto era uno solo: el amor. En toda una trayectoria de matrona y empleada ninguna otra señorita le hizo competencia en un dominio que la convertía en la preferida. Los diarios solo publicaban sus anuncios. Incluso lectores más avezados habían logrado captar códigos secretos en clasificados falsos. Ciertos brutales

⁵ Estudiante de la Licenciatura en Letras. Presentó su texto bajo el seudónimo “Mr Andy”. Dijo el jurado sobre el cuento: “El cuento presenta la historia de una mujer mayor que abandona su oficio, el más viejo de la historia. El personaje principal está bien caracterizado y las descripciones son minuciosas”.

cavernícolas que solo habían nacido para amar, tenían el pase libre para satisfacer sus antojos. «Estos aunque supieran leer», comentaba ella misma.

Sin más, abandonó la empresa a los 69 años recién cumplidos. Cientos de desesperados le solicitaron su piedad en las calles o llamándola a cada rato con resultados inútiles. Quiso reconstruir pieza a pieza una vida dispersa en todas partes y en ninguna. Los obstáculos no fueron menores. En las avenidas se cruzaba con viejos conocidos y nuevos ofrecimientos que resolvía con insultos. La gente de la ciudad la bautizó «La loca 53», en referencia al número de domicilio que la hizo célebre. El cambio abrupto trajo consigo un dolor igualmente quimérico. Franqueaba horas íntegras indagando los cuadros reemplazados por bosques frondosos y atardeceres anaranjados, rasguñando la cáscara de una nostalgia que se escapaba como el aire y volvía. Usaba un único par de zapatos gastados y un vestido formal que abandonó a los insectos. Había dejado de arreglarse con cosméticos y los peines se resignaban ante el embrollo de su cabello largo aún. Por los pocos mortales dignos de fe, también había renunciado pintarse los labios rubí. Suspiraba tanto frente al espejo que sus formas femeninas se confundían, pues unos surcos bajaban por su frente e iban a parar en su cuello y ninguna crema podía disimular esta realidad. A veces, luchaba ante estos espejismos y coqueta sonreía mandándose besos en la punta de sus dedos que la dejaban con la certeza de una hermosura intachable, bella a morir.

Una mañana de marzo tuvo la impresión de que su mente empezaba a olvidar. Hizo una nota mental del día de ayer pero nada le hacía recordar una tarea sin cumplir. Se levantó con el pie izquierdo y vio que sus uñas larguísimas le apretaban en las medias. Había preparado un té y en la habitación el despertador se desarmaba a bocinazos. Sin reparar en el grifo abierto de la ducha, la hornalla encendida hacía veinte minutos ni las plantas secas desde diciembre pasado, se acercó a la puerta. Las nubes se amontonaron de repente. Cerró el portón de entrada con un manojito de llaves que llegaban hasta quince. En la calle un zarpazo de agua le mojó su pollera mientras caminaba a pasos torpísimos. Tanteó un puñado de cigarros sueltos de tamaños y marcas diferentes que llevaba en la cartera, y algunos con la impresión amarillenta que dejan los documentos. Prendió uno antes de que esta lluvia terminara por estropearlo todo. El humo que se escurrió en la absorción cruzó entre las aberturas de sus dientes áureos y falsos. Era la primera vez que fumaba.

Los baldazos caían sin piedad sobre las arterias desoladas. Alcanzó la parada de taxi en una esquina remota y tomó el habitual. Había sido una coincidencia maravillosa conocer a este conductor en otros términos y notar que la pulcritud en la ropa de un varón que se afeitaba regularmente expresara una actitud inquebrantable. El último intento de hallar una compañía lo sintió en él, pero equivocó las formas que le brindaba su vasta experiencia. «Dímelo Jorge, suelta esa lengua ¿Cómo te gustan las mujeres?» Y le escapaba hábil: «De carne y hueso señora, así están bien, nada de alas». Lo había mirado de manera descarada desde los pies hasta la imaginación, tratando de sacarle una herida secreta con habladurías de días inverosímiles sin su

presencia y el juramento de castillos de pétalos para ese verdadero príncipe que la transportaba en su auto. Fue el único al que jamás doblegó con sus artilugios de perra brava. No obstante, ese ser que la llenaba de un cosquilleo, había sido reemplazado por un muchachito al que recién le sacaban los juguetes de las manos. Apartó un pañuelo, se refregó su frente y sus pómulos y se dijo para sí, «Me duelen los ojos...». Le pidió al desconocido taxista que detuviera el auto, pagó y descendió sin decir adiós. Repasó las nubes que se esfumaban, ropa tendida en los balcones de edificios gigantes, sus cabellos en el suelo mojado y personas que corrían hacia ella desde otro cielo.

Mención especial: “El viejo”

Autora: Julieta Leys⁶

Soy de aquellos pocos que aún recuerdan lo extinto, de aquellos que permanecen casi intactos bajo las cicatrices horrorosas, soy parte de ese grupo que le rehúye a la gente y que, inevitablemente, repelen a los niños. Doy miedo. Lo sé. Les repugna la curva fatigada que dibuja una espalda jorobada, les ofenden las manos mugrientas que terminan en unas uñas largas y terrosas, y les impacientan las piernas temblorosas y sus rodillas en cruz cuando se niegan a dar otro paso a la mitad del camino. Lo sé, lo presiento, pero poco importa.

Después de todo aquí estoy. De nuevo presenciando otra muerte, mirándome en el reflejo de unos ojos opacos idénticos a los míos. Al borde del sepulcro un difunto con pala en mano que se sepulta a sí mismo. ¿Cómo he hecho esto durante tantos años?, solía preguntarme hace algún tiempo. Naturalmente, a estas alturas y con esta edad, ya no lo hago. Así son los gajes de este oficio, uno puede aceptarlo pero nunca se acostumbra.

Porque es imposible acostumbrarse a la fetidez del olor a podrido, a la tierra entrándote por los ojos y la boca hasta la asfixia. Es aterrador no poder cerrar los ojos y a la vez tampoco poder abrirlos. Nadie se acostumbra a la parálisis del rigor mortis, a dejar de respirar, a continuar haciéndolo, a los espasmos y al sufrimiento. A la incomodidad de tener que empujar el cuerpo en el pozo, y también al sentimiento de soledad que a uno le invade al tener que hacerlo solo mientras escucha el golpe sordo del chasquido de los huesos siendo amortiguado por los sonidos húmedos de varios fluidos y el suspiro seco del polvo que descansan al fondo.

Uno nunca se acostumbra a tener que cubrir el cuerpo, a verlo desaparecer, primero parcialmente y luego por completo, al proceso, en el que también termina desapareciendo uno mismo. Nadie puede acostumbrarse a esas cosas. Se hace insoportable atravesar el agobio de asistir a un entierro. Y difícil tener que enfrentar lo terrible. Y agotador cuando se soporta solo.

⁶ Estudiante de la Licenciatura y el Profesorado en Letras. Presentó su texto bajo el seu donimo “Topacio”. Dijo el jurado sobre el cuento: “Un cuento puede carecer de peripecia y aquí los hechos parecen ínfimos, se genera una atmósfera cargada de desolación en la voz de un sepulturero que se enfrenta a la vejez y a la muerte cotidianamente”.